



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Juan Balaguer.)



—Que bordo mis papeles
dice la prensa.
Mario no me lo diga...
¡pero lo piensa!

SUMARIO

Taxro: De todo un poco, por Luis Taboada.—El bólido ó no hay mal que por bien no venga, por Sinesio Delgado.—Cartas de una madrileña á una provinciana sobre cosas de la corte, por Jacinto Octavio Picón.—La cama, por Constantino Gil.—Ceniza, por Eduardo Bastillo.—Una boda, por Luis de Ansoarena.—Bólidos íntimos, por Juan Pérez Zúñiga.—Menudencias, por Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Juan Balsguer.—Los que se vestirán mañana irremisiblemente (seis viñetas).—La cama (dos viñetas), por Cilla.

DE TODO UN POCO

El *Globo* publicaba el otro día un artículo titulado *El futuro inmortal*, firmado por «Cándido», pseudónimo que oculta el nombre de un joven y distinguido escritor.

«Cándido» cree, como nosotros, que la vacante que ha dejado en la Academia Española el insigne Castro y Serrano habrá de ser ocupada, seguramente, por «algún desenterrador de cosas viejas, algún sabio de escalafón ó algún orador á quien faltan más de cien», y cita entre los que tienen perfecto derecho á sentarse en el sillón, á Cavia, Picón y Clarín.

Ya me parece ver la cara que habrán puesto los inmortales, del gremio de «vestigios», al leer los nombres que cita el revolucionario colaborador de *El Globo*.

¡Académico Cavia, académico Picón, académico Clarín!...
¡Húbénam gentíums sumus?

Para que Sellés obtuviese la suprema investidura fué necesario recordar entonces á los que debían elegirle que, aparte de ser autor de muchas y muy excelentes obras literarias, había desempeñado distintos cargos oficiales de categoría, y conservaba, por ende, en el baúl un hermoso uniforme de jefe superior de administración civil. Además, les constaba que Sellés, por efecto de su «natural» dulce y su temperamento línfático, había leído de un tirón, y sin exhalar una queja, prólogos y discursos de piedra pómez, escritos por alguno de nuestros académicos.

Ni Cavia, ni Picón, ni Clarín tienen esa virtud, y es inútil pensar en su elección. El más indicado para la vacante, hoy por hoy, parece ser un sujeto que se pasa la vida acercando las narices á todas las puertas viejas y creyendo descubrir á lo mejor clavos medioevales y cerrojos del Renacimiento.

Es un arqueólogo de primera fuerza, sucio él, que usa anteojos azules para que no se le vean los ojos, que parecen dos huevos fritos, sin perjuicio de estar casado en terceras nupcias con una joven, especialista en la fabricación de sobrepellices y otras prendas del culto.

Ya ve «Cándido», el reformista de *El Globo*, que no iba descaaminado al creer que ni Cavia, ni Picón, ni Clarín resultarían académicos de la Lengua en un país donde para ser persona ilustre es preciso usar levitas inverosímiles, no concurrir á los cafés, dedicarse á la busca y captura de cosas viejas y conquistar el glorioso título de *adesesio nacional*.

Ya nadie habla del bólido, y eso que ha sido durante muchas horas objeto de todas las conversaciones.

El fenómeno sorprendió á unos recién casados cuando éstos dormían el sueño dulce de la mañana. El esposo oyó la detonación y, arrojándose fuera de la cama, fuése en busca de las zapatillas y el gabán para que no le cogiese la catástrofe en ropas menores.

Entre tanto la esposa había abandonado el lecho y se refugiaba veloz en la despensa, gritando:

—¡Se va á hundir el techo de la alcoba! ¡Policarpo, sálvate! Policarpo, que así se llama el esposo, no oyó los gritos de su consorte, é impulsado por el amor buscóla por todas partes.

—¿Dónde estás, vida mía?—preguntaba lleno de incertidumbre.

—Aquí—decía ella, sin atreverse á salir de la despensa.

—¿Dónde? ¿Dónde?—replicaba él.

Al fin creyó descubrir el sitio donde se ocultaba el objeto de sus ansias, y se precipitó en la alcoba del pasillo. Vió un bulto

que rebullía bajo la ropa de la cama. Cogióle entre sus brazos y huyó hacia la escalera diciendo con voz frenética:

—¡Te he salvado, vida mía!

Bajó de tres en tres los escalones, jadeante, pero feliz, y ya en el portal depositó su preciosa carga junto a la portería.

—¡Cese tu agitación!—dijo dirigiéndose al bulto.—Ya estamos en salvo.

—Gracias—contestó la masa informe.

Policarpo se estremeció. Aquel acento no era el de su esposa.

—¿Quién eres?—preguntó sorprendido.

—Tu suegro—contestó el bulto.

Policarpo, en su aturdimiento, había cargado con la respetable personalidad de D. Abundio, su padre político.

Entre tanto la esposa, presa de la mayor agitación, pateaba en la despensa y decía, echando espuma por la boca:

—¡Policarpo! ¡Infel! ¡Ya no me amas! ¡Me abandonas!... ¡Pérfido!

Felizmente los bólidos son poco frecuentes, según dicen los del Observatorio astronómico; pero, de todas maneras, cuando estallan, producen grandísima perturbación en las familias, por lo cual recomendamos al señor gobernador civil dicta sus disposiciones á fin de que no se repitan, pues entre bólidos y manifestaciones no hay quien viva tranquilo en este país.

Luis Taboada.

EL BÓLIDO

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Parece mentira, pero el caso es que no es mentira que, así como siempre viene tras la desgracia la dicha, no hay lance ni desventura que merezca una noticia que no traiga en consecuencia la utilidad positiva de ilustrar á mucha gente sobre materias científicas. ¿Se reúnen en un crimen varias circunstancias, dignas de atraer la atención pública? Pues la prensa se dedica á estudiar leyes y códigos y á ayudar á la justicia, y en unas cuantas semanas los que estábamos *per istam* sabemos más que los doctos que escribieron las Partidas y todas las demás colecciones legislativas. Murió una joven, ahogada por una mano homicida, y se enteró todo el mundo, poco después, de que había hoides, glotis, epiglottis, y carótidas y amígdalas. Recibió un ministro un golpe fuerte en una pantorrilla, y... todos dimos un curso de peroné y de la tibia, y en cuanto hay alguna autopsia de persona conocida, salen hasta los cocheros

doctores en medicina.

Estalló la guerra en Cuba. Bueno, pues todos los días brotan á espuestas los sabios que van, pasando fatigas, á descubrir de repente los mares de las Antillas; y no hay niño que no sepa lo que se llama manigua ni hacia dónde caen Bayamo, Batabanó, Sagua y Güira. Estalla un aerolito sobre Madrid, y en seguida muchos escritores lucen en centenares de líneas sus vastos conocimientos de meteorología, se hace popular el bólido, se estudia, se le analiza en sus componentes químicos y en sus condiciones físicas, se desarrollan de pronto sorprendentes teorías de la luz y del sonido, de la marcha progresiva, de velocidades máximas y velocidades mínimas, y con que unos cuantos chicos de los que hacen gacetillas consulten el diccionario ó el manual, mal y de prisa, aprenden cosas curiosas, que jamás aprenderían de otro modo, todo el público y... los mismos periodistas.

Sinesio Delgado.

Cartas

de una madrileña á una provinciana sobre cosas de la corte.

Querida Pepita: Hoy más que nunca me conviene recordar que soy madrileña, para que se vea hasta dónde llevo la imparcialidad, y hecha esta declaración entro en materia. Cuando aquí, en la corte, se trata de ridiculizar á alguien que presume de lo que no es ó hace por vanidad lo que no pue-

de permitirse por costumbre, las gentes poco discretas dicen eso es cosa de provincias, como si provinciano fuera sinónimo de cursi. No: la cursilería no es condición de procedencia, origen ni lugar, sino puramente personal. Hay quien nace cursi en las más altas esferas sociales, y quien sale al mundo con buen gusto en la más pobre choza. Principalmente, entre los hombres observarás esa diversidad: los hay que son cursis bajo la casaca de ministro ó académico, y los hay que pisan la ova ó guían el arado con elegancia. De las mujeres no digamos: harta estoy de ver esposas de próceres que no pueden ser más cursis, y costurerillas que llevan en su persona aquella elegancia ingénita, que con ningún dinero se compra. Pero dejemos este punto de vista que, hoy por hoy, no es el nuestro y vengamos á mi propósito.

Has de saber, amiga mía, que no hay capital de provincia, por atrasada que parezca, ni pueblo pequeño, por muchos tontos que contenga, donde llegue la cursilería al grado de prosperidad y esplendor que goza en esta villa, cabeza de la monarquía, y de la cual hace dos siglos se dijo: «Sólo Madrid es corte». ¡Estamos frescos! Sin que se enojen conmigo mis paisanas las madrileñas, te declaro que Madrid es el centro de la cursilería, que las cursilonadas en que aquí se incurre son estupidas, y que ¡oh vergüenza! nosotras tenemos la culpa. Razón le sobra á Luis Taboada para ridiculizar constantemente á la cursilería madrileña sin temor á que se le acabe la gracia. Lee, lee su último libro y te convencerás de lo que te digo. Así como hay escritores premeditadamente pesimistas que parecen contemplar la vida al través de gafas ahumadas y que, sin embargo, son cursis más ó menos literario-filosóficos, los hay también que en todo ven algo cómico, reflejándolo en sus escritos con espontaneidad, gracia y frescura de ingenio, en virtud de las cuales vienen á ser mucho más serios que aquellos que á fuerza de seriedad se hacen insoportables. Luis Taboada abulta las pequeñeces humanas, las exagera, saca sus líneas de quicio y recarga sus tonos, pero siempre hay en lo que pinta y en el modo de comentarlo un gran fondo de verdad. Es un caricaturista á pluma muy notable. Yo estoy segura de que, andando el tiempo, muchos literatos injertos en psicólogos y muchos eruditos que aspiran á la inmortalidad y creen tenerla segura quedarán olvidados, y en cambio los libros de Taboada seguirán siendo, hasta Dios sabe cuándo, lo que son hoy: medicina eficaz contra el spleen y la melancolía.

En fin, lee *Cursilonas* y déjaselo leer á tus hijas y á las amigas de tus hijas, segura de que la risa que les arranquen sus páginas será esa risa franca, honesta y sana que no lleva nunca al pensamiento ideas de pecado y torpeza.

Perdona esta digresión, justificada por el punto que tratamos, y hablemos de la cursilería madrileña, concretándonos, por hoy, á una de sus más puras manifestaciones.

Has de saber, amiga Pepita, que en Madrid se ha establecido, hace ya bastante tiempo, la costumbre de pasear... en la calle, como creo que se hace en los más tristes lugares: por ejemplo, en Peleas de Abajo y en Mojoncitos de la Sierra.

Tú recordarás que cuando éramos jovencitas se paseaba el Viernes Santo en la Carrera de San Jerónimo y el día del Corpus en la calle de Carretas, después de la procesión: las muchachas dábamos unas cuantas vueltas para lucir, en el primer caso las mantillas, y en el segundo las primicias de la moda veraniega; pero aquello era sólo dos veces al año: los demás días paseábamos... en los paseos.

Ahora paseamos todas, jóvenes y viejas, por la mañana en la calle de Alcalá, desde el ministerio de la Guerra hasta las Calatravas y viceversa, cuesta arriba y cuesta abajo, y al caer la tarde, entre seis y siete, cuando hace más frío, por la acera de la derecha de la Carrera de San Jerónimo: fíjate bien, una acera que tiene metro y medio de ancho. La calle de Alcalá parece dedicada á reventar padres y madres, y la Carrera á procurar aglomeraciones y apreturas en que acaso anden las manos más listas y pecadoras que los ojos. El paseo de la mañana tiene si quiera la disculpa de ser á la hora del sol; pero el de la tarde... éste, éste es el que quisiera que vieras para que pudieras apreciar hasta dónde llega la cursilería humana.

Allí acuden á contemplarse y codearse á la luz de los escaparates centenares de señoras y señoritas ricas y pobres, modestas de elegancia las menos, verdaderos adelfos las más, que andan despacio, se pisan, paran, retroceden y avanzan como manifestación mal organizada, mientras los hombres, gallos, pollos, comentan libérrimamente el aspecto, figura, encantos, esplendor y decadencia de las que van pasando. ¡Qué cosas se dicen y qué fragmentos de diálogos se oyen! De fijo que muchas niñas vuelven á casa con los sentidos deshabilitados por la curiosidad que inspira una frase coez, y muchas jamañas vuelven á la suya llorosas y amargadas por una de esas groserías con que los hombres dan á entender brutalmente á las mujeres que han ingresado en las clases pasivas del amor. No puedes imaginar molestia igual ni cuadro más ridículo: tan difícil es andar como contener la risa. Allí acuden todos los tipos y variedades de la señorita madrileña: desde la bellida vistosa y asediada de adoradores, hasta la feñicha, mal perjeñada y familiar de novio; desde la primorosamente vestida, hasta la que con tres trajes viejos se hace uno que no consigue ser nuevo; allí aparecen, aunque pasen de largo, las que se mandan traer las galas de París y las que los domingos van al Baño en busca de flores estropeadas, cintas desteñidas, plumas

en que hizo presa la polilla, restos de quiebras y desperdicios de liquidaciones. De cuando en cuando, ves cruzar la calle ó apearse de un coche alguna de esas señoras, mimadas por la fortuna, que van cubiertas de pieles, y adivinas que son de las que en los ricos salones enseñan prodigamente escotadas, los desnudos hombros; pero las que más abundan en ese paseo vespertino de la Carrera son las pobrecitas que pasan noches y noches adivinando charadas ó leyendo folletines, mientras por bajo de la mesa donde se juega á la perejilla el tacto de rodillas hace olvidar las penas de la vida, y acaso la falta de braseo. De los sombreros y abrigos que se ven en esos paseos recuencemos á hablar. Es decir, abrigos pocos, porque son prendas caras, y además porque las niñas se resisten á ocultar el tallo y van á cuerpo atrayendo miradas y desafiando pulmonías. Algunas parecen que estudian para físicas y otras que viven de milagro, según están de desmedradas y pálidas.

Aunque pequeña y con tendencia á embarnecer, como dice Valera resucitando una palabra antigua, la madrileña es, por regla general, guapa y no mal formada; pero no hay que juzgarla por muchas de las que forman esas exposiciones callejeras de que te vengo hablando. Las hay capaces de curar la exaltación amorosa del conquistador menos escrupuloso. ¡Qué triste impresión causan sus rostros amarillentos, sus labios exangües, su pecho como *lácula rosa*, sus caderas escurridas y sus cinturas estranguladas por el corsé! ¡Mal regalo para amantes y peor turquesa para hijos! Y algunas, ¡qué olor dejan tras sí á encantos ahíndros, ó sea nunca vistados del agua, y á perfumería barata! Viendo aquellas pobres muchachas, se explica uno que en la cuarta plana de los periódicos desborden los anuncios de tónicos y reconstituyentes. Ahora me explico por qué se llevan tanto y *hacen furor* las mangas de farolón, las faldas de campana, los corbatines que parecen de cartanca, los sombreros con enormes lazos tiesos y, en suma, todo ese atavío imaginado para ocultar las líneas del cuerpo femenino. Añade á lo enumerado los maldecidos zapatos á la inglesa, con que las mujeres parecen eclesiásticas, y podrás formarte idea de las legiones de madrileñas que, olvidadas de la salerosa mantilla, del flotante velo, de la falda flexible que al andar modela la forma y del zapatito de tacón alto, andan por esas calles semejantes á figurines franceses mal traducidos. Yo, como en otro tiempo Argentina,

*Delajo de esas ropas y jubones
imagino serpientes enroscadas,
uñas de grifos, garras de leones.*

Y no es lo más triste ver á las madrileñas mal vestidas, sino su empeño de convertir la calle en paseo; porque dime francamente: ¿no te parece poco delicada y hasta deshonesta esa exposición ambulante de nuestros encantos, aceras arriba, aceras abajo, por entre filas de hombres que nos desdudan con su mirada ó nos examinan como chalanes á cabezas de ganado?

Harto sabes que no soy hipócrita ni mojigata; siempre he creído que la misión de la mujer es cautivar el espíritu del hombre, llegar hasta él por los santidos, verdaderos caminitos del alma, seducirle moral y físicamente... y hacer que cedamos cuando triunfamos; pero, la verdad, así como me parece legítimo cuanto hagamos por cautivarle en nuestras casas, lo mismo en los camarines suntuosos que en los pobres cuartos de labor, así se me antoja de mal gusto salir á buscarlos á la plaza. Si fuera denigrante rondar la calle á uno solo, ¿cómo no ha de serlo paseárselas á muchos reunidos? Ni siquiera tiene esta la ventaja de ponerse al habla con aquellos á quienes no se trata.

Además, esa moda ridícula es, en cuanto táctica, de fatales resultados. Suponiendo que la mujer sea un producto, por supuesto de un productor divino, es el único que no se despacha en proporción de lo que se anuncia. Si errado era aquello de que «el buen paño en el arca se vende», peor es esta costumbre de exponerla al aire libre y á hora fija; si es indudable que la doccellita encerrada con tres cerrojos oye impudicamente en la rejilla lo que podía escuchar castamente en el gabinete, también lo es que á la niña demasiado conocida por mucho callejeada le sucede lo que al cuadro que se presenta en varios escaparates... no hay quien quiera comprarlo. ¡Estaré anticuada de ideas, á pesar del amor que tengo á las cosas de mi tiempo! ¡Evejecerán mis ideas, como va envejeciendo mi cuerpo!

No; estoy segura de que no. Hagamos guerra á esa fea costumbre de dar vueltas por las calles: mirad, muchachas, que la que se acostumbra á mostrarse y exhibirse en las aceras puede sentirse atraída por el arroyo.

Procedremos lo que nos es decoroso, lo que nos hace codiciales.

La mujer que posea dominio, triunfa; porque los hombres van donde ella quiere que vayan: la que callejea se desdora y menosprecia, porque les busca dando á entender que vale poco lo que á todas horas ofrece...

Añade, Pepita: te quiera de veras tu buena amiga,

ANA JUBANA.

En su nombre:

Gaspar Octavio Picón.

*

LOS QUE SALDRÁN MAÑANA
IRREMISIBLEMENTE



El chico mayor del Sr. Indalecio, que se pasa el resto del año ahorrando por el traje.



Celipe López, aprovechando la ocasión de ir abrigado y decente.



La señora Isidra, que ¡ay, hija, cómo está de hombre!



El dependiente mayor de «La Corola Verde» con un disfraz caro.



Eduardito, el de doña Efigenia, que va a dar cada broma a las de los coches.



Y Lucas, el ebanista, que se pasará tres tardes consecutivas gritando: ¡En Zed!



La cena.

—Oye tñ, mascarita, si no has cenado, ven á cenar conmigo, yo te lo ruego; mezclás tranquilamente carne y pescado, y si después te aburres, te marchas luego. —Gracias por el convite, que te lo admito. Tú estás solo, yo sola, pues nos juntamos; ya verás cómo tengo buen apetito, y cómo te diviertes mientras cenamos.

—¿De dónde eres, chiquilla?

—Pues soy de Nepas.

Conque si no lo sabes, *pa* que lo sepas.

Y apretándola el brazo, nos dirigimos á un gabinete de esos llenos de flores, que están como esperando risas y mimos, nubes de humo y aromas de los licores. No hablamos casi nada mientras la cena, y yo cené tan poco, que no podría recordar si la cena fué mala ó buena, ni aun si estaba guisado lo que comía. Al fin, se marchó el mozo discretamente, dejando dos botellas sobre la mesa. Se quitó la careta pausadamente y me enseñó una cara como una fresa. No era guapa, era dulce, tenía encanto!.. Unos ojos muy grandes y muy tristes; una boca entreabierta de besar tanto y unos dientes lo mismo que los piñones. —Pues no me he divertido, te lo confieso, dije, rompiendo el corcho de una botella. Y saltando el Champaña, fué á darme un beso, al mojar con su espuma la cara de ella. —¡Yo tampoco! me dijo la pobre chica con un acento triste, pero amoroso. La cena me ha sabido toda muy rica, pero tñ... tñ me sabes bastante soso.

—¿De dónde me dijiste que eres?

—De Nepas.

Conque te lo repito, *pa* que lo sepas.

—¿Y dónde está ese pueblo?

—Cerca de Soria.

Una iglesia, una fuente, cuatro casitas; un olor á tomillo que sabe á gloria, y unas hembras... con fama de ser bonitas. —¿Y allí estarán tus padres?

—Si no se han muerto;

que sí... ¡sí se habrán muerto los pobrecillos! Cuando pienso en la muerte, yo siempre acierto; parece que me avisan los monaguillos.

—¡Bah! No pienses en eso.

—¡Si no pensaba!

Me has dicho que cenase, ya ves que cenó. Soñé mil boberías mientras cenaba, que eras un tuno... y ¡nadá! me sales bueno. —Soy casado.

—¿Y convidas?

—Por distraerme.

Mi mujer está fuera, mas vuelve pronto.

—¡Ay! Si me has convidado para quererme, quíereme un poquitito, ¡no seas tonto! Me lo dijo muy cerca, con voz muy suave, como hablan las mujeres tras de la reja; entre alegre y llorosa, como es el ave, que parece que canta cuando se queja. Y flotaba en su aliento tan rico aroma y de su voz tan dulce brotó el sonido, que parecía arrullos de una paloma cuando llama al palomo desde su nido.

—¡Yo también soy casado! dijo más quedo y apretando su silla contra la mía. No se lo he dicho á nadie, pues tengo miedo de que me lleve á Nepas la policía.

—¿Y dónde está tu esposo?

—Pues allí en Nepas.

Conque si no lo sabes,

pa que lo sepas.

—¿Y por qué abandonaste tu pueblecito?

—Por nada... por cansancio de aquella vida.

Y ahora se me figura que es más bonito

mi pueblo que esta corte tan pervertida.

—¿Y á él, después, no le has visto?

—Sí, de repente.

Una noche... como ésta; yo iba tapada, y me dió tal vergüenza, que hasta mi frente subió como una especie de llamarada.

—¿Le habrás amado?

—¡Nunca! Si no he querido

mas que una vez. Aquello fué como el rayo.

Lo mismo que de pronto suena el oído

y como de repente llega el desmayo.

—¿Y á quién amaste, dime, de esa manera?

—¿Á quién?... Pues, hijo mío, ni aun sé su nombre.

Pero le hubiese dado mi vida entera,

y hasta habría matado por aquel hombre.

Verle y amarle, vamos, todo fué uno.

¡Un ciclón!... ¡Una ola que me tragaba!...

No era feo ni guapo, mas de ninguno

he tenido más ansia de ser esclava.

—¿Y él?...

—¡Él... ná! Tan fresco; como té ahora.

Sin saber que de mi alma tiene la llave.

Como el sol, siempre hermoso, desde la aurora,
que nos enciende vivos, y él... ¡ni lo' sabel!
Yo la miraba entonces y estaba hermosa:
sus labios titilaban buscando besos,
y tenía en los ojos alguna cosa
de esas que nos abrasan hasta los huesos.
—¡Pobrecilla! le dije con vos a'ante.
¡Querer sin esperanza será horroroso!
Ella lanzó un suspiro, y en el instante
palideció de un modo vertiginoso.
—¿Qué te pasa? le dije. ¿Te da un vahido?
Reclina tu cabeza sobre mi brazo
Y contestó:—Pero, hombre, ¿no has conocido
que eres tú el que yo adoro?... ¡Picaronazo!



Nos fuimos ya muy tarde, clareaba el día...
ella envuelta en su abrigo, yo en mi pañosa;
y al salir, viendo al mozo que sonreía,
le dije, por decirle cualquiera cosa:
—¿De dónde eres, muchacho?
—«Yo soy de Nepas.»
Conque si no lo sabes,
pa que lo sepas.

Constantino Gil.

Ceniza.

Pues estás, quitándote años,
tocando ya en los cincuenta,
salta por los Carnavales
y métete en la Cuaresma.

No vuelvas atrás la vista,
ó, cuando la vista vuelvas,
hazlo para odiar tus tiempos
de liviana Magdalena.

Sé al fin la santa dichosa
que sus pecados confiesa
y cambia su alegre vida
por otra de penitencia.

Para llegar á ese estado
tienes más ventajas que ella;
la santa era hermosa y joven
cuando en Dios buscó defensa.

Aún pudo el diablo tentarla;
pero á ti ya no te tienta,
pues nunca amores del diablo
entraron en Villavieja.

Tiéntate á ti solamente
tu propia concupiscencia,
que carne ofreció á engañados
en otras carnes-tolendas.

Y como sólo disfraces
te amparan en tus flaquezas,
son de ocasión tus pecados
breves pasos de comedia.

Déjate ya de ocasiones
y de disfraces te deja,
pues, tapándote la cara,
no ocultas tu desvergüenza.

No busques amor en bailes
y en horas de borrachera,
pues, si le aduermen engaños,
desengaños le despiertan,

y aunque tu acento de niña
un instante le convenga,
al fin verá que en tu rostro
no es verdad tanta belleza.

Retírate, que aún es tiempo,
sé fuerte en tu decadencia,
entra en cuentas... de rosario,
que es lo que te tiene cuenta.

Pues, si á las andadas vuelve
tu impador con la careta,
tendrás en martes de máscara
miércoles de cenicienta.

Eduardo Bustillo.

Una boda.

Fué cándido su amor hasta el momento
en que Juan, casualmente,
se aproximó á la niña y en la frente
sintió la quemadura de su aliento;
y con un ansia loca
buscó donde besar y halló su boca.
Ella es tan ignorante
que le acerca otra vez sus labios rojos,
y en el segundo beso, es ya la amante
que se entrega al que quiere con los ojos.
Mujer pura y sencilla
que tiene los arranques de chiquilla,
hasta el pudor en su inocencia duerme,
y con la viva luz de su mirada
parece que le dice, resignada:
—¡Para tuya nacil... ¡Puedes cogermel...

II

Esperando la noche de su boda
caminan por Madrid á la ventura
mostrando el alma toda
en sus frases de amor y de ternura,
Y con una grandeza sin ejemplo,
reparando la joven en un templo
que está cerca del sitio en que se encuentran,
mira á su novio y le pregunta:—¿Entramos?...
Y como el novio la responde:—Vamos...
se miran otra vez, sonríen y entran...
Quiéren sanción para su amor profundo
y de farsas sociales al abrigo
buscan á Dios como el mejor testigo
con la inocencia que desprecia al mundo.

III

Al pie de un Santo Cristo arrodillados,
ya un poco emocionados,
ella:—¡Quiero ser suya! repetía.
Y él:—¡La tomo por mía!
Y... ¡fué alucinación de enamorados!
¡Creyeron que la imagen sonreía,
diciendo:— ¡Idos en paz! ¡Estáis casados!

Luis de Ansorena.

Bóldos íntimos.

I

«Juanito del alma mía:
El lunes tuve un disgusto
con el bóldo y un susto
que me dura todavía.

Vino el chispazo y después
el zambombazo espantoso,
cuyo efecto desastroso
no se me borra en un mes.

Llamé al médico don Pío
y con lo que gasté yo
la bolsa se me nubló.

¡Qué eclipse, morrongo mío!
Maldigo la chispa aquella
y lo que vino detrás.

Adiós. No olvidéis jamás
lo que te quiere tu

Estrella.

Posdata.—Yo, que te adoro,
te hago este ruego sencillo:
que caigas en mi bolsillo
en clase de *meta-oro*.

II

«Estrella del alma mía,
luz de donde el sol la toma:
También me dió á mí la broma
atmosférica un mal día.

Cuando nos vino á asustar
aquel bóldo maldito,
estaba yo en un cuarto
que no me atrevo á nombrar.

Dió su relejo en mis lentes
una viva llamarada.
¡Cree que era una mirada
de esas tuyas tan ardientes!

Mas aunque en ti pensé yo
y al pronto así lo creí,
el sitio reconocí
y dije: ¡No es ella, no!

Quedé en éxtasis profundo;
llegó el horroroso estruendo
y salí de allí creyendo
que ya se acababa el mundo.

Mas lo que luego creí,
ya en calma, aunque medio sordo,
fué que un párroco muy gordo
que vive encima de mí,

y lleva un trimestre en cama
con caries en un bravuelo,
se había caído al suelo
y había aplastado al ama.

¡El susto fué de primeral
Cual si tuviese hormiguillo,
eché á andar por el pasillo
llamando á la cocinera.

Mas no pudo contestar
mi asustada fregatriz,
porque estaba la infeliz
ocupada en abortar.

Después, no creas que es chanta
ni que es exageración,
puso la trepidación
todos mis muebles en danza.

Fué á parar sobre el tapete
de la camilla una escoba
y fué al techo de la alcoba
la alfombra del gabinete.

Vi en la despensa una almohada
y en la cocina un estante
y dos chorizos delante
del cofre de la criada.

¡Qué más! La pluma, el tintero

y el papel que suelo usar
habían ido á parar
debajo del fregadero;
y en fin, que un rayo te parta
si el chaqué que yo tenía
con el susto de aquel día
no ha encogido media cuarta!

Comentarios peregrinos
hubo luego en la escalera,
donde Bruna la portera
consolaba á los vecinos,
hasta que el padre de Bruna
dijo: «No alarmarse, que éste
es un cólico celeste
sin importancia ninguna».

Cuando todas temblorosas
exclamaban las vecinas:
«¡Estas son cosas divinas!»,
decía yo: ¡Sí, preciosas!
mientras el gato en mi lecho,
donde estaba acurrucado,
completamente asustado,
se daba golpes de pecho.

Pasado aquel bululú
primero, pensando en tí,
á ver mi dinero fui
por si lo pedías tú.

Y al ir del dinero en pos,
vi que el bólido endiablado
¡pff! se lo había llevado.
¿Adónde? ¡Sábelo Dios!

Yo, pues, que, aunque lo deploro,
más que astrónomo soy pilla,
cómo caigo en tu bolsillo
ca clase de *meteo-oro!*

¡Mete-oro! Ni un ochavo
podré darte, mi lucero.
Yo para tí solo quiero
ser una estrella de rabo.

¿Que al fin bólido he de ser?
Pues bien, modera tu afán,
astronómica mujer,
y, por Dios, no le hagas ver
las estrellas á tu

Juan

Por la copia,

Juan Pérez Guiniga.

Menudencias.

—No tiene una gran garganta,
peró me gusta Belén
porque siente cuando canta...
—¿Y los que escuchan también!

Eres un hombre notable;
¡escribir una zarzuela
y no leérsela á nadie!

Te esperé anoche dos horas
en plena calle y á cuerpo.
¿Serás capaz de decirme
que no es verdad que te quiero?

Federico Canalejas.



CHISMES Y CUENTOS

El bólido estalló en la atmósfera, produjo carreras, accidentes y pánico general; pero todo debemos perdonárselo, porque, en cambio, nos ha hecho saber que tenemos un Observatorio astronómico como no lo hay en ninguna parte. Por bien empleadas podemos dar las pesetas que cuesta, y aunque se aumentara algo el presupuesto no se cometería ninguna injusticia.

Porque, vamos á ver, ¿qué parte oficial hubiera dado otro observatorio cualquiera con motivo del fenómeno meteorológico del lunes?

Pues el siguiente, sobre poco más ó menos:

«Hoy, tantos del mes, á las tantas de la mañana, ha aparecido en la parte tal del horizonte un bólido luminoso que ha recorrido la atmósfera en la dirección tal á tal y ha estallado á tantos grados del zenit y á tantos kilómetros de altura, produciendo muy sensible vibración atmosférica.»

Así seco, sin comentarios ni disquisiciones poéticas, como cample á un documento puramente científico.

Pues el nuestro, ¡nuestro Observatorio, no se ha concretado á eso, á dar un parte, sino que ha emitido un *dictamen* mucho más luminoso que el bólido, y que voy á copiar para que se asombren las naciones extranjeras.

Empieza así:

«A las nueve horas veintinueve minutos veinte segundos de la mañana (esto está claro, especificado y concreto: se ve que el Observatorio está seguro de lo que dice) se apareció un resplandor vivísimo, emanado de una nubecilla procedente, al parecer, del S. O. con rumbo lento hacia el E. N. E., según testimonio de personas que presenciaron el fenómeno...»

Alto-ahí, que ya ha empezado la parte poética. Lo del resplandor vivi-

simo emanado de una nubecilla se puede poner en el álbum de una dama, con la seguridad de que le ha de saber á gloria. Luego ya entran las dudas. El Observatorio, que sabe á ciencia cierta la hora en punto de la aparición sobrenatural, ya no está tan seguro de la dirección que llevaba la nubecilla, y dice que *al parecer* iba del S. O. al E. N. E., y, por si acaso, declina la responsabilidad en las personas que presenciaron el fenómeno.

Sigue:

«...y minuto y treinta segundos después (vuelve la certeza; en todo lo que se refiere al reloj estamos completamente seguros) oyóse un estampido *tremendo* seguido de otros estampidos menores con *trepidación temerosa* del suelo y de los edificios, que simulaban la descarga *hurrisona* de una *descomunada* batería de cañones ó la voladura de un polvorín *reforzado* por la de otros depósitos accesorios de materias explosibles.»

Este párrafo no tiene desperdicio.

Lo del estampido tremendo, la trepidación temerosa y la descarga hurrisona parece cosa de poema en tres cantos. Pues ¿y la descomunada batería de cañones? ¿Qué será eso?

¡Ah, sí! Una batería de cañones descomunales, lo cual no es lo mismo.

Y ¿qué me cuentan ustedes de la comparación con la voladura de un polvorín *reforzado* por la de otros depósitos accesorios? ¿Puede darse nada más apropiado? Se figura usted una casa grande llena de pólvora, rodeada de otras casitas más pequeñas con pólvora también. Vuela la primera; inmediatamente estallan las restantes y... ya tiene usted formada la idea del bólido.

Adelante:

«La nubecilla de donde partieron todas estas descargas, de color rojizo y aspecto *pavoroso*, subsistió largo tiempo al E. del meridiano y no á muchos grados del zenit del Observatorio.»

No á muchos grados. ¿Á cuántos sería? Porque tres con relación á uno son muchos, como decía D. Hermógenes, y con relación á veinte son pocos.

«El fenómeno de que se trata es presumible, casi seguro, que pertenece á la categoría de los bólidos ó aerolitos de previsión imposible, y que por fortuna se presentan muy de tarde en tarde.»

Ya están aquí otra vez las dudas, ¡las horribles dudas!

Es presumible, casi seguro, que se trataba de un bólido, pero hace bien el Observatorio en no afirmar rotundamente, porque esas cosas del cielo son muy engañosas y ¿quién puede asegurar que no se trataba de un alma en pena?

Salto y voy al final, porque esto se va haciendo pesado:

«Á juzgar por el tiempo transcurrido entre las dos descargas luminosa y sonora, el estampido del bólido *debió verificarse* á muchos kilómetros de altura ó distancia.»

Nada, que no podemos saber nada concreto.

«Debió verificarse á muchos kilómetros de altura ó distancia.»

¡Muchos! ¿Cuántos son muchos? El vulgo estaba en la creencia de que conociendo «el tiempo transcurrido entre las dos descargas, luminosa y sonora», se podía fijar con exactitud la distancia; pero ¡vaya usted á hacer caso del vulgo! Á estas horas hay quien cree que eso de la explosión del bólido obedece á la guerra de Cuba!

—El padre de la Gregoria se las echó ayer de padre y ella *medió*...

—¡Calabazas!

—Hombre, no; *medió* en el lance.

CALIXTO NAVARRO (hijo).

Carne podrida. Éste es el título de una novela de *indole aristocrática*, que su autor, el *Barón Toupin*, califica de sátira social naturalista.

Aunque muy á la ligera, hemos tenido el gusto de leer dicha obra, notando en ella un estilo elegante y una forma originalísima, estando llena de concepciones del más exquisito gusto romántico-naturalista que deleitan y hacen que el interés despertado desde las primeras páginas se mantenga vivo y en crecimiento hasta la terminación de esa nueva producción del *Barón Toupin*, aplaudido autor dramático y antiguo compañero nuestro en la prensa, que oculta su nombre bajo ese pseudónimo.

Recomendamos á las personas de buen gusto comprar y estudien *Carne podrida*, por las muchas enseñanzas que contiene y por estar despojada de ese ropaje burdo y rechazable que contienen la mayor parte de las novelas de su género.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Uno en agras.—¿Sabe usted lo que parece eso, con perdón? Un romance de los que cantan por las calles los faltos de vista. Y qué gustaría mucho, por añadidura.

Pepito.—Y ¿quién te ha dicho que yo no he creído que era una guasa? ¡Si lo creo siempre, mientras no me conste lo contrario!

Sr. D. J. S.—Se publicará la fábula si no estalla otro bólido.

Sr. D. D. M. E.—Villagarcía.—Recibida, conforme y hecho el reparto.

El tío Canyitas.—El epigrama tiene poca picardía. Resulta candoroso.

El novio de la Trini.—No están mal precisamente, pero á ninguno le encuentro el *coliente suficiente*.

Arselit.—No, pues usted no tiene carbón. Lo que tiene es una majadería que no puede con ella.

Robinson.—¿No cree usted que parece un poquito cursi? Pues es posible que lo creyera el respetable público.

Calisto y Néstor.—¡Caramba! Pero ¿de veras piensa usted que Terpsícore es un dios? ¡Ay! no acabe usted el soneto que tiene preparado con motivo de la guerra de Cuba, porque... no va haber quien eche á los insurrectos del terreno llano.

Zampafellos.—Y zampasílabas, que es lo peor, porque las sílabas se indigestan más que los bollos.

Sr. D. V. A.—Mala cosa es empear por versos para un álbum. Eso hay que dejarlo para los que acaban... ¡y allí ellos!

Sr. D. L. S. R.—Aprovecharé algo.

Tararita.—Parece mentira, pero el asunto así, desarrollado, resulta de una vulgaridad desconsoladora. Porque ¡oidado que se ha dicho veces eso mismo!

Un tonto.—Ya, ya se ve que todo eso está improvisado en una reunión de amigos. Tiene usted desgracia, porque hoy me queda poco espacio para esta sección y ni en broma puedo publicar nada.

Ciruelo.—Fíjese en que casi todos los versos son asonantes, y hacen un efecto de todos los demonios.

Pispirita.—¡Lástima de pedazo de cometa perdido en el espacio!

Un académico.—El romance resulta un poquito pedestre. Respecto al fondo... estamos en igual caso; porque yo también padezco las mismas terribles dudas.

El gran vate Selagón.—Con el primer cantar tenemos bastante, ¿verdad?

«Lola, porque sea moreno
no pienses que soy mambís,
pregéntale á don Arsenio
y te diré que no me vió allí.»

¡Toma! Pues por eso se ha dejado la barba.

Dos emiñencias.—Siempre se escribe *veintisiete*. No es porque del otro modo esté mal, sino porque el uso ha admitido la contracción.



COGNACS

PUROS DE VINO GARANTIZADOS
ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1837

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS
9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.
BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Fídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA

REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANSANEROS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mtnc, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Impreso en los Niños de M. G. Hernández, Libertad, 15 bis.